

## Evocando a don Jorge Alessandri

Por Jaime Guzmán

Mañana se cumplirá el primer aniversario de la muerte de don Jorge Alessandri Rodríguez. ¿Cómo evocar en estas breves líneas una figura de tanto relieve para Chile y de tan hondo significado personal para quien escribe?

Ante tal desafío, sólo resulta posible apuntar a lo más esencial.

Ciertamente, don Jorge fue un hombre superior. Dotado por Dios de una inteligencia excepcionalmente potente, su entorno familiar constituyó una atalaya incomparable para adentrarse primero como testigo y luego como actor en todo el acontecer público chileno de este siglo.

Pero quizás más importante aún que eso, el vigor moral de su personalidad hizo del sentido del deber y del servicio público un ideal al que literalmente consagró su existencia entera.

Esas realidades, unidas a la soledad que por su temperamento y por las circunstancias rodearon su vida, estimularon en Alessandri un espíritu reflexivo y analítico, del que siempre brotaron juicios originales y penetrantes.

En una sociedad crecientemente masificada en torno a consignas que se repiten huecas y sin examen riguroso, don Jorge contrastaba nitidamente como una persona singular. Casi se diría que le atraía derribar mitos y remar contra las corrientes caudalosas de la mediocridad. Por eso fue capaz de transformar la lucha contra la demagogia en su rasgo político predominante. En 1972, en una de las entrevistas públicas que concediera,



consultado acerca de cuál era el remedio fundamental que Chile requería, respondió escuetamente: "La antidemagogia".

Mientras la mayoría de los políticos se jactaban de su eficacia en el engaño -autoelogiada por ellos como astucia-, Alessandri no conoció ni aceptó renuncios éticos ni doblez alguno. Era el mismo en público que en privado. En el Gobierno o fuera de él. Arquetipo de la rectitud, su patriotismo prevaleció en todos y cada uno de sus actos, hasta límites de generosidad que con su palabra o su silencio enseñaron cuánto puede sacrificarse un hombre con grandeza interior por amor a Chile.

Por todo eso, más que una gran personalidad, don Jorge se convirtió en un símbolo.

Ese hombre que siendo el anticandidato obtuvo una popularidad extraordinaria que no sólo lo llevó a ser elegido Presidente de la República, sino que -caso inédito- le permitió abandonar el Mando Supremo con mayor respaldo cívico del que tenía al asumirlo.

La estrecha amistad que desde 1970 me ligó a don Jorge, llegando a sentir por él ese afecto y esa admiración que se experimentan hacia un padre, representa una vivencia personal intransmisible. Pero percibo que el alessandrismo es una comunidad de valores que une fuertemente a millones de chilenos, con quienes compartimos un hondo sentimiento, un ejemplo cuya luz nos guía y un legado político que nos obliga a honrarlo.

## Motivos de confusión

Por William Thayer Arteaga

1.- No puede negarse que la inmensa mayoría de la población de Chile desea vivir en paz y armonía; detesta las controversias, sobre todo si el lenguaje es odioso o violento, y considera el derecho a trabajar tranquilo como algo preferente a las soluciones políticas que anuncian curar todos los males. Quizás sean esas algunas de las razones que hacen de la afiliación a un partido político asunto de limitadas minorías. Un cinco a diez por ciento de los chilenos -y recientes encuestas parecen confirmarlo- sostiene fundadamente que esa paz y armonía o esa posibilidad de trabajar tranquilo depende, en forma principal, de una buena o mala conducción política. Lo lamentable es que los partidos políticos han proyectado la imagen de luchar por el poder, más que por el bien común nacional. Contribuye a eso la frecuencia y agilidad con que critican lo que el Gobierno hace y lo que otros proponen. En cambio, son lerdos, inconvincentes y contradictorios al proponer soluciones concretas y realistas a los problemas y aspiraciones de la masa ciudadana.



Soy un convencido de la función indispensable que cumplen los partidos políticos en una democracia pluralista y libre, pero no olvidemos que tuvieron gran responsabilidad en la crisis que condujo al colapso de 1973. Por lo mismo, deben estar conscientes de corregir su imagen, y en lugar de sembrar confusión con críticas, polémicas y ataques descomedidos, han de transformarse en instrumentos de educación cívica y de justificación sensata y fundada de sus proposiciones de bien público.

2.- Otro tema que induce a errores en el actual debate ciudadano es la excepcional posibilidad de que el Presidente de la República en ejercicio sea reelecto. Esta norma, que imperó bajo los decenios de Prieto, Bulnes, Montt y Pérez, fue derogada hace más de un siglo. No tenemos, por consiguiente, el hábito de ver a un Presidente luchando por su reelección. Y como no existe el hábito, pero existe la norma de excepción, se crea el fantasma y se declara que el Presidente, que puede ser reelecto, está en campaña por su propia reelección cada vez que él, sus ministros o cualquier ciudadano que apoye la gestión realizada por el actual Gobierno proclama la conveniencia de que esa obra no se destruya o desvirtúe, sino que se perfeccione y proyecte en sus logros esenciales.

3.- Por último, también induce a confusión el lenguaje diferente de los grupos o sectores. No hablo aquí de las mentiras, las exageraciones o las tergiversaciones, que infringen el octavo mandamiento de la Ley de Dios. Ocurre que los principales actores de nuestro acontecer nacional han terminado acuñando una propia manera de decir, efecto explicable y respetable de su función tradicional. Los militares son jerárquicos: si hay dos, uno es más antiguo que el otro y su relación es de mando y subordinación. Los civiles son igualitarios: se creen superiores, pero se expresan como pares. Los políticos se han tornado mesiánicos y algunos eclesiásticos se han puesto políticos.

Todo esto induce a confusión y aconseja reflexión.

Por Domingo Durán

La faz de la ancha y espaciosa tierra descrita por Cervantes, mirada a vuelo de pájaro, muestra sobre su corteza las distintas ciudades que pueblan nuestro planeta, las que aparecen como grandes lunares en los que pululan los seres humanos y que en la noche se transforman en luminosas antorchas.

En esas ciudades, que han sepultado para siempre enormes extensiones de tierra, agoniza la humanidad en edificios cada vez más altos contruidos de concreto armado y que por una razón u otra, también mirados a la distancia, se parecen a los nichos del cementerio, que también en todas partes del mundo van creciendo en altura. Aprisionados entre las diversas calles que forman los pueblos, deambulan los hombres arrastrando sus existencias y tratando de hacerlas con mucho esfuerzo más llevaderas, más placenteras.

Dentro de las ciudades mismas suceden cosas muy curiosas, observadas especialmente desde el punto de vista del comercio. Por ejemplo, en mi hermosa ciudad de Temuco todo el comercio se ha establecido al norte de la Plaza de Armas, en tanto que, por razones absolutamente ignoradas, a una cuadra de la Plaza de Armas hacia el sur desaparecen las expresiones comerciales.

Por las calles de mi pueblo, como por las calles de todo el mundo, escurren la vida, el tránsito y los afanes. Por ellas van los hombres desde sus hogares hasta sus trabajos y también, por un curioso designio, todos ellos recorren las arterias por lo menos en el sentido del trabajo una vez y en el sentido de regreso al hogar otra vez. Dentro de estas calles es también perfectamente posible determinar sus características y estas calles, como las personas, tienen características absolutamente propias y muy distintas las unas de las otras. Largas y anchas avenidas contrastan con apretadas y superpobladas callejuelas. En otras se desarrolla la especialidad en la venta de determinados productos y, por último, hay algunas cuyas características son francamente extraordinarias.

Hace unos días, como consecuencia de encontrar un repuesto para mi vehículo,

## Una calle con vida propia



empecé a recorrer la calle Diez de Julio, primero con el afán de encontrarlo y después de haber encontrado el repuesto, como tocado por un impulso mágico, sentí la necesidad de seguir caminando esa calle y la recorrí prácticamente en toda su extensión.

Realmente esta calle es una calle, como dije, especialísima. En ella se han agrupado los hombres que trabajan en los vehículos. Y el trabajo de los hombres en los vehículos, lo mismo que en algunas profesiones, se ha ido especializando por partes. Hay gente que sólo arregla carburadores, otros arreglan distribuidores, u otros arreglan sólo amortiguadores. Otros fabrican y venden baterías o vulcanizan neumáticos o venden repuestos de todas las marcas conocidas y de algunas que incluso desconocemos. La especialidad como una característica de los tiempos que vivimos.

A medida que fui transcurriendo la calle y mirando absorto sus policromas vitrinas, advertí primero y llegué a la conclusión después que sería perfectamente posible, partiendo por la primera cuadra de Diez de Julio y terminando por la última, armar un automóvil, porque es evidente que ahí se venden todas las piezas que componen un automóvil y más.

Por otro lado, es muy singular la extraordinaria atención que los dueños de los distintos negocios prestan a los eventuales clientes, de manera tal que en algunas cuadras, cuando uno va recorriendo la calle sobre su propio vehículo, es prácticamente asaltado por grupos de potenciales vendedores de plumillas para los parabrisas, de bocinas, de colas para el tubo de escape, de tapa para las ruedas, de ventiladores eléctricos para el conductor, de faroles de todas formas, de espejos retrovisores, etcétera.

Cuando terminé el recorrido de la calle me sentí por distintas circunstancias contento. Había recorrido un importante sector en donde el esfuerzo, el trabajo y el entusiasmo para realizarlo son bullentes.

Pensé que sería un útil ejercicio el que los chilenos miráramos de cuando en vez hacia el espíritu que anima en la calle Diez de Julio de nuestra ciudad de Santiago y proyectáramos ese espíritu en las distintas calles que recorren la patria.